

CLÁSICOS
A MEDIDA



El libro de la selva

Rudyard Kipling

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

El libro de la selva

Rudyard Kipling

Adaptación de Lourdes Íñiguez
Ilustraciones de Ximena Maier

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *El libro de la selva*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Lourdes Íñiguez, 2017

© De la ilustración: Ximena Maier, 2017

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Coordinador de la adaptación: Emilio Fontanilla Debesa
Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, marzo 2017

ISBN: 978-84-678-7102-9

Depósito legal: M-3562-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

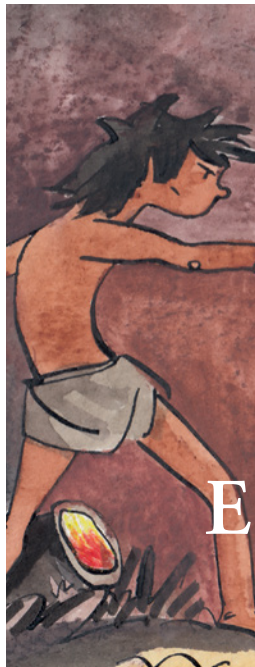
ÍNDICE

Introducción	5
Los hermanos de Mowgli	17
Rikki-tikki-tavi	41
La caza de Kaa	59
Toomai de los Elefantes	83
¡Tigre! ¡Tigre!	101
La escapada de primavera	123
Apéndice	139



El libro de la selva

Los hermanos de Mowgli



Eran las siete de una calurosa tarde en las colinas de Seoni¹ cuando Padre Lobo despertó de su larga siesta, se rascó, bostezó y estiró las patas para sacudirse el sueño que lo aletargaba.

Madre Loba estaba echada, acurrucando a sus cuatro traviesos cachorros. La luna asomó por la boca de la cueva donde vivían.

—¡Auh! —dijo Padre Lobo—. Es la hora de ir de caza.

Iba a dejarse caer por la pendiente, cuando una pequeña silueta, con una robusta cola, cruzó el umbral y gimoteó:

—¡Buena suerte, jefe de los lobos! No olvides a los que pasan hambre en este mundo.

Era el chacal Tabaqui, el lameplatos². Los lobos de la India lo desprecian porque es malicioso y embustero. Va por ahí comiendo en los vertederos de basura y la gente lo teme porque

¹ *Seoni*: distrito del estado de Madhya Pradesh, en la India.

² *Lameplatos*: persona que se alimenta de sobras.

de vez en cuando le da un ataque de locura y corre por la jungla, mordiendo todo lo que encuentra en su camino. Incluso el tigre se esconde de él, pues lo peor que les puede pasar a las criaturas de la selva es volverse locas.

—Pasa y echa una mirada, aunque aquí no hay comida —dijo Padre Lobo con antipatía.

—Para un lobo, no —dijo Tabaqui—; pero para un ser tan insignificante como yo, cualquier hueso seco será un banquete. Los chacales no rechazamos nada.

Se metió hasta el fondo de la cueva, encontró un hueso de ciervo con un poco de carne y se sentó a devorarlo lleno de alegría. Al rato comentó:

—Shere Khan³, el Grande, se ha cambiado de territorio de caza. Desde la próxima luna cazará por estas colinas, según me ha dicho.

Se refería al tigre que vivía cerca del río Waingunga, a veinte millas⁴ de allí.

—No tiene derecho —gritó quejoso Padre Lobo—. La Ley de la Selva establece que antes de cambiar de zona de caza hay que avisar. Asustará a todos los animales en diez millas a la redonda y huirán. Y yo tendré que trabajar el doble para cazar.

—Su madre lo llama el Cojo —explicó Madre Loba—, porque lo es de nacimiento, y por eso mata solamente ganado. Los aldeanos del Waingunga están furiosos con él y ahora viene a atemorizar también a nuestros campesinos; lo perseguirán por la selva, quemando la hierba, y nosotros tendremos que irnos de aquí. ¡Le estamos muy agradecidos a Shere Khan!

³ *Khan*: palabra de origen persa que significa: 'príncipe, caudillo, jefe'.

⁴ *Milla*: medida anglosajona de longitud que equivale cuando es terrestre a 1609 m.

Desde el valle que descendía al arroyo, Padre Lobo pudo escuchar el gruñido seco de un tigre que no había logrado cazar nada y al que no le importaba que toda la selva se enterase.

—¡Está loco! —exclamó Padre Lobo—. Empezar así la tarea de la noche. ¿Se piensa que nuestros ciervos son como los bueyes gordos del Waingunga?

—¡Chsss! No son ciervos ni bueyes los que quiere cazar esta noche. Es al hombre —dijo Madre Loba.

—¿Al hombre? —comentó Padre Lobo, enseñando sus blancos colmillos—. ¿Es que no hay bastantes escarabajos ni ranas en nuestras charcas que tiene que comerse a un hombre, y en nuestro territorio? La Ley de la Selva, que nunca dispone nada sin un motivo, prohíbe a las fieras que maten al hombre excepto cuando están enseñando a sus cachorros las tácticas de caza, y eso siempre ha de hacerse fuera de los límites de las áreas que corresponden a nuestras manadas. La razón es que la matanza de un hombre supone, tarde o temprano, la llegada de más hombres blancos con rifles y sobre elefantes, y cientos de hombres morenos con tambores, antorchas y cohetes. Entonces todos los habitantes de la selva sufren las consecuencias. Además el hombre es el ser más débil e indefenso de todas las criaturas vivientes y no es digno de ser cazado. Por añadidura, a los comedores de hombres se les caen los dientes y se vuelven sarnosos.

El gruñido se hizo más sonoro y se convirtió en el fuerte rugido que lanza el tigre al atacar. Después se oyó un aullido.

—¡Ha fallado! —gritó Madre Loba—. ¿Qué habrá pasado?

Padre Lobo salió unos pasos fuera de la madriguera, mientras oía a Shere Khan refunfuñar saltando los arbustos.

—¡Será imbécil! —explicó—. Pues no se le ha ocurrido entrar en un campamento y saltar sobre la hoguera. Se ha quemado las patas. Tabaqui está con él.

—Algo se acerca —dijo Madre Loba, moviendo nerviosa una oreja—. Estad preparados.

La maleza crujía en la oscuridad y Padre Lobo dobló sus patas, listo para saltar. En ese instante, si hubieseis estado allí, habríais visto la cosa más sorprendente del mundo: un lobo suspendido en el aire, en mitad de un salto, a cinco pies⁵ del suelo, cayendo al mismo sitio en el que se encontraba, al tiempo que un niño desnudo y moreno, que se agarraba a una rama, caía dentro de la cueva; miró a Padre Lobo y sonrió.

—¡Es un hombre! —dijo Padre Lobo—. Un cachorro de hombre. ¡Mirad!

—¿Un cachorro de hombre? —preguntó Madre Loba—. Nunca he visto ninguno. Tráelo.

Un lobo acostumbrado a trasladar a sus cachorros puede, si es necesario, llevar un hueso en la boca sin romperlo. Así cerró Padre Lobo sus mandíbulas sobre la suave espalda del niño sin hacerle ni un rasguño, y lo dejó tendido entre sus lobeznos.

—¡Qué pequeño es y qué valiente! —dijo Madre Loba, mientras que el niño buscaba sitio entre los lobitos para calentarse—. ¡Ajá! Ahora está mamando como los otros. Así que esto es un hombre. ¿Ha habido alguna vez una loba que pueda alardear de haber criado a un cachorro de hombre entre los suyos?

—He oído contar historias parecidas, pero no en estos tiempos —dijo Padre Lobo—. Mira, no tiene pelo y es tan frágil que lo podría matar de un zarpazo; pero nos mira sin miedo.

Entonces la cabeza y los hombros de Shere Khan bloquearon la entrada de la cueva, impidiendo que entrase la luz de la luna. Tabaqui, detrás de él, gritaba:

⁵ Pie: medida anglosajona de longitud que equivale a 30,5 cm.

—¡Señor, señor, ha entrado aquí!

—Shere Khan nos hace un gran honor —dijo Padre Lobo sin poder ocultar la cólera en sus ojos—. ¿Qué se le ofrece?

—Mi presa. Un cachorro de hombre ha entrado aquí. Sus padres han huido. Dádmelo.

Shere Khan estaba irritado por el dolor que las quemaduras le producían en sus patas y por no poder penetrar en la cueva, cuya abertura era demasiado pequeña para él.

—Los lobos forman un pueblo libre —dijo Padre Lobo—. Ellos obedecen las órdenes del jefe de su manada, pero no de cualquier destripador de ganado a rayas. El cachorro de hombre es nuestro y si queremos matarlo, nosotros lo haremos.

—Por el toro que maté, ¿es que tendré que mantener mi nariz en tu perrera hasta que me des lo que me pertenece? ¿Con quién te crees que estás hablando? Soy Shere Khan. —Y dio un rugido que atronó la cueva.

—Y yo soy Raksha, el Diablo, quien te contesta —dijo Madre Loba, dando un paso adelante y mirando fijamente al tigre, con sus ojos verdes como dos lunas en la oscuridad—. El cachorro de hombre es mío y no va a ser devorado. Vivirá para correr y cazar con nuestra manada. Y al final, oye lo que te digo, asesino de crías, de ranas y de peces, él te cazará a ti. Y ahora, lárgate, o por el ciervo que yo maté, y yo no cazo ganado hambriento, que te mando con tu madre aún más cojo que cuando viniste al mundo.

Padre Lobo la miró asombrado, recordando los viejos días en que se había enfrentado a cinco lobos, por lo que en la manada no la llamaban el Diablo por hacerle un cumplido. Shere Khan tampoco se atrevería a enfrentarse a ella, porque sabía que en su posición llevaba las de perder. Así que se apartó de la boca de la cueva y a cierta distancia gritó:

—Cada perro ladra en su propio cubil. Ya veremos lo que la manada dirá sobre adoptar cachorros de hombres. Este es mío y en mis fauces acabará, ladrones de cola de sebo.

Madre Loba se dejó caer jadeante entre sus lobatos y Padre Lobo le dijo muy serio:

—Shere Khan tiene razón. El cachorro tiene que ser llevado ante la manada. ¿Todavía quieres quedártelo, Madre?

—¡Pues claro! —respiró con dificultad—. Él llegó solo, hambriento y desnudo en la noche, y no nos tuvo miedo. Y ese carnicero cojo lo habría matado y se habría escapado, mientras los aldeanos arrasaban todas nuestras guaridas en venganza. Sin dudarle que me quedo con él. Duerme tranquilo, pequeña ranita; así te voy a llamar, Mowgli, la Rana. Y llegará el día en que tú caces a Shere Khan, como él te ha querido cazar a ti.

—¿Y qué dirá nuestra manada? —preguntó Padre Lobo.

—La Ley de la Selva lo deja muy claro —contestó—, que cualquier lobo cuando se casa puede abandonar la manada a la que pertenece. Pero tan pronto como sus cachorros tienen edad para sostenerse en pie, debe llevarlos ante el Consejo de la Manada, que se reúne generalmente una vez al mes durante la luna llena, para que esta los reconozca.

El Padre Lobo esperó hasta que sus crías pudieron andar y entonces los llevó, junto a Mowgli, a la reunión de la manada, en la Roca del Consejo, la cima de una colina cubierta de piedras, donde un centenar de lobos podían ocultarse. Akela, el Lobo Solitario, grande y gris, líder de la manada por su fuerza y por su astucia, estaba sentado sobre la roca y a sus pies había cuarenta lobos o más de todos los tamaños y colores, jóvenes y veteranos. Akela conocía muy bien las costumbres de los humanos porque en su juventud había caído dos veces en sus trampas y una vez había sido apaleado y dejado por muerto.



Mowgli, un niño humano, es acogido por una manada de lobos tras perderse en la selva. Con ellos y con otros animales, como el oso Baloo o la pantera Bagheera, se criará y vivirá muchas aventuras. Además de su historia, también conoceremos la de Rikki-tikki-tavi, una mangosta muy valiente, o la de Toomai, el niño que sueña con ser un domador de elefantes.

Una adaptación en la que se conserva toda la belleza de este clásico juvenil de la literatura universal.